



Programa
Cooperación
para el **Desarrollo**

PROYECTO RED DE TRABAJADORES(AS)
CONSTRUYENDO SINERGIAS

PRINCIPIOS QUE CAMBIAN VIDAS

Red de Trabajadores
y Trabajadoras de
Comercio Justo



CLAC © 2021 – Todos los derechos reservados.

HISTORIAS DE VIDA:

Andrea Serna, Argentina
Argemilson Carvalho, Brasil
Ana Delia Becerra Blanco, Colombia
Fredys Cuesta García, Colombia
Roberto Suárez, Colombia
Samuel Montes Torregosa, Colombia
Fredy Cabrera, Ecuador
Maribel Prieto, Ecuador
Wilter Zambrano Cevallos, Ecuador
Óscar Galindo, México
Felícita Altagracia Mata, República Dominicana
Hilma Altagracia Díaz, República Dominicana
María Eduvigis Jorge Cruz, República Dominicana
Milagros Elizabeth Rosario, República Dominicana
Minel Bellamy, República Dominicana
Verónica Altagracia De la Rosa, República Dominicana

Agradecimientos a los trabajadores y trabajadoras que compartieron sus historias para esta memoria

Redacción:

Comunedcu
María Elena Dávila
Carlos Flores
Lola García
Verónica Salgado

Ilustración y diagramación:

Tinta Roja

www.clac-comerciojusto.org
info@clac-comerciojusto.org





Programa
Cooperación
para el **Desarrollo**

PROYECTO RED DE TRABAJADORES(AS)
CONSTRUYENDO SINERGIAS

Presentación

Cuando hablamos de la Red de Trabajadores(as), hablamos de una red de intercambio de conocimientos, experiencias, retos, intereses, personas con sus historias de vida que construyen y dignifican la memoria colectiva de quienes la conforman.

La presente memoria gráfica, nace como iniciativa del Proyecto Red de Trabajadores(as) construyendo sinergias del programa de cooperación para el desarrollo que financia el Gobierno de Finlandia a través de CLAC. Este proyecto busca mejorar la capacidad de gestión y liderazgo, así como también, fortalecer la capacidad de incidencia y participación de trabajadores(as) de Comercio Justo para que su voz sea escuchada en el Sistema Fairtrade.

La relevancia que tiene esta memoria radica en que las 16 historias contadas son auténticas, son contadas por sus propios autores, todos y todas trabajadores(as) de plantaciones certificadas en Comercio Justo y miembros activos de la Red, que de manera voluntaria compartieron sus inspiradores testimonios de vida y hacen visible el impacto transformador que tiene el Comercio Justo en cada una de

ellas. Las 16 historias inspiraron la creación de cuentos con bellísimas ilustraciones que reflejan los valores del Comercio justo.

A todos mis colegas, agradezco por permitir contar qué es la Red de Trabajadores(as) y qué es el Comercio Justo a partir de sus historias de vida, sus testimonios, su intimidad. Espero que ustedes lectores, disfruten leyendo este libro de historias, tanto como nosotros disfrutamos haciéndolo.

Con afecto,

Andrea Serna

Presidenta de la Red de Trabajadores(as)
Miembro Consejo Directivo de CLAC



Introducción

Cuando hablamos de crear una memoria que recoja las experiencias de la Red de Trabajadoras y Trabajadores de Comercio Justo, de la Coordinadora Latinoamericana y del Caribe de Pequeños(as) Productores(as) y Trabajadores(as) de Comercio Justo, CLAC, imaginamos reconstruir el proceso que nos ha permitido contar con trabajadores y trabajadoras empoderados(as) sobre sus derechos pero, sobre todo, sobre su futuro y el de sus familias.

A través de estas historias de vida nos acercamos a realidades complejas que 16 personas de seis países han enfrentado. Esta es la principal característica de la publicación Red de trabajadores y trabajadoras de Comercio Justo, principios que cambian vidas.

Esperanza en el futuro es, probablemente, la principal sensación que nos deja cada una de estas historias, cuyo hilo conductor está en el Comercio Justo y las alternativas que las 16 personas de Argentina, Brasil, Colombia, Ecuador, México y República Dominicana encontraron para transformar su presente y futuro.

La Red de Trabajadoras y Trabajadores de Comercio Justo constituye un espacio que permite

compartir experiencias que fortalecen el trabajo individual y colectivo de cada uno(a) de los(a) integrantes de la Red. Y cuando hablamos de compartir experiencias lo decimos con la plena convicción de que el Comercio Justo cambia vidas.

Les invitamos a leer detenidamente cada historia de esta publicación. A conocer las realidades de trabajadores y trabajadoras de América Latina y el Caribe, asociados en diferentes tipos de organizaciones, quienes desarrollan proyectos en beneficio suyo, de sus familias y sus comunidades, con la prima que reciben a través del sello Fairtrade. A sentir lo que cada protagonista de estas historias vivió y transformó a través del Comercio Justo.

Que estas historias nos inspiren y reafirmen nuestro compromiso en la construcción de un mundo en el que la democracia, transparencia, respeto, equidad y solidaridad se conviertan en valores de vida, valores que transformen vidas.

Índice



Valores del Comercio Justo:
Democracia, confesiones
de una abeja _____ 15

COLOMBIA, Fredys Cuesta García _____ 17

COLOMBIA, Roberto Suárez _____ 19

COLOMBIA, Samuel Montes Torregosa _____ 21



El Comercio Justo:
Las manos y la ocarina _____ 07

ARGENTINA, Andrea Serna _____ 09

BRASIL, Argemilson Carvalho _____ 11

COLOMBIA, Ana Delia Becerra Blanco _____ 13



Valores del Comercio Justo:
Equidad, aprendiendo a volar _____ 23

ECUADOR, Fredy Cabrera _____ 25

ECUADOR, Maribel Prieto _____ 27

ECUADOR, Wilther Zambrano Cevallos _____ 29



**Los valores del Comercio Justo:
Respeto, el color del mar Caribe** _____ **31**

MÉXICO, Oscar Galindo Reyna _____ **33**

REPÚBLICA DOMINICANA, Felícita Altagracia Mata _____ **35**

REPÚBLICA DOMINICANA, Hilma Altagracia Díaz _____ **37**

**Valores del Comercio Justo:
Solidaridad, las plumas del
loro cachete amarillo**

_____ **39**

REPÚBLICA DOMINICANA, María Eduvigis Jorge Cruz _____ **41**

REPÚBLICA DOMINICANA, Milagros Elizabeth Rosario _____ **43**



REP. DOMINICANA, Minel Bellamy _____ **45**

REP. DOMINICANA, Verónica Altagracia de la Rosa _____ **47**

**Valores del Comercio Justo:
Transparencia, la garza y el chancho** _____ **49**



El Comercio Justo:

LAS MANOS Y LA OCARINA¹

“

Uno no se puede echar para atrás, hay que luchar y nunca rendirse. Creo firmemente que todos unidos seremos más y que en cada esfuerzo de cada trabajador hay un logro, eso es el Comercio Justo.

”

María Jorge Cruz, República Dominicana

En el principio de los tiempos, cuando la vida no era como la conocíamos, los dioses formaron del barro dos manos que, separadas, no lograban crear nada. Cuando la derecha formaba un árbol, la izquierda lo borraba para crear una montaña. Cuando la izquierda dibujaba un animal, la derecha esbozaba un nuevo fruto.

Con el paso de las lunas el barro se iba secando. Y los pocos trazos que cada mano dibujaba se volvían polvo con el viento.

Cuando la tierra se había agrietado y el barro era solo un recuerdo, los dioses enviaron agua en forma de lluvia. Cada gota dibujaba formas nuevas, estrellas, animales, montañas y frutas, pero ninguno estaba completo. Estaban divididos a la mitad.

Entonces el sol salió nuevamente y el barro empezó a secarse. Las manos que habían juntado cada una las mitades de las cosas dibujadas por la lluvia, comenzaron a unirlos. Así, en el suelo habían estrellas, animales, montañas y frutas, todas completas, pero ninguna con vida.

Casi al finalizar el día, cuando el atardecer pintaba de naranja las últimas gotas de lluvia en la tierra, las manos encontraron las dos partes de una ocarina. Al formarlas, el viento entonó con ella una melodía que se extendió por cada rincón de la tierra.

Las notas cobraron vida en las estrellas, animales, montañas y frutas. Y fue así como el mundo se pobló de sonidos y colores.

[1] Instrumento musical de viento, pequeño, hecho de cerámica o hueso.



ANDREA SERNA

Asociación Civil Flores del Monte
Casa del Rey S.A.
ARGENTINA



“
Los valores del Comercio Justo me han hecho ser mejor persona. Esos valores se los transmito a mi hija.”

Nací en Luján de Cuyo, en Mendoza, Argentina. Vivíamos en Agrelo, al sur de Luján, donde se cultivaba la vid. Era una zona rural sin agua, sin electricidad, muchos trabajos se realizaban con caballos, no había muchas máquinas. En mi familia éramos cinco, tres hijas y papá y mamá. Mi padre trabajaba en la agricultura y en la vinícola Teresa Ghilardi de Martín. Mi mamá era ama de casa y modista.

En cada casa había una huerta y se criaban animales, cerdos, patos, pollos, gallinas, para ayudar a la subsistencia de cada hogar. Era una vida sana, sin delincuencia, nos ayudábamos entre todos, éramos muy unidos con la comunidad. Llegar al colegio en Luján de Cuyo nos tomaba más de dos horas entre caminar y tomar el colectivo. Mi padre siempre se esforzó por darnos una mejor educación para poder progresar, porque el trabajo de la tierra es muy sacrificado y mal pagado, pero el trabajo en la tierra me gustaba. Siempre sentí que el trabajo en la vid era lo que yo quería hacer.

Yo empecé a colaborar con mis padres a los nueve años y ya como sustento a los diecisiete, cuando murió mi madre. Yo soy la mayor de mis hermanas y tuve que buscar un trabajo para poder cuidar de mis hermanas y de mi papá. Yo estaba todavía en la secundaria. Ataba los viñedos en la época invernal, que no era sacrificado ni pesado, pero había que hacerlo en muy bajas temperatura. En



épocas de cosecha, cosechaba. Cuando había que sembrar, abría surcos, hacía trabajos de tractor. Me sentía a gusto, pero me gustaban también los números y las leyes. Cuando me refiero a las leyes es a la abogacía, pero no podíamos pagar esa carrera.

Tuve que buscar un trabajo más urbano. Trabajé en una confitería en la ciudad de Luján de Cuyo durante cuatro años. Extrañaba las costumbres, los apegos, la manera de vivir, pero el cambio había sido para mejor, tenía acceso a otro trabajo. Con los años la empresa Teresa Ghilardi fue vendida a la empresa franco-argentina de Bodega Altavista y comenzó a llamarse La Casa del Rey.

Por intermedio de mi papá me llamaron, ofrecieron perfeccionarme. Estoy en administración desde el 2006, pero en la empresa llevo veinte años. Estoy

muy cómoda en el sitio donde estoy, en mi nivel ya no podría crecer más. Me gustaría tener otras perspectivas. Poder hacer una carrera universitaria, una matrícula profesional por el lado de la contaduría.

Me gusta andar en bicicleta y relacionarme con mis afectos. Hago trabajo social a través del Comité de Prima con sectores vulnerables, clubes sociales y deportivos. A veces me han invitado a participar en otros lados con ideas, experiencias, sugerencias. Me gusta sumarme a colaborar. En nuestra familia crecimos con valores, pero los valores del Comercio Justo me han ayudado a mantenerme activa, me han hecho ser mejor persona, ponerme en el lugar del otro, conocer que hay otras realidades distintas a las mías. Esos valores se los he transmitido a mi hija.

ARGEMILSON CARVHALO

Associação dos Colaboradores da Caliman Agrícola S/A

▶ **Caliman Agrícola S/A**

BRASIL



“
Antes podíamos soñar, ahora las ideas y los sueños que tenemos podemos ponerlos en práctica.”

Nací en Nanuque, en Minas Gerais. Nanuque es una región seca, no había casi cultivos sino muchas haciendas ganaderas. Mi padre era vendedor autónomo, vendía cosas en el mercado sin tener un puesto fijo. Mi mamá trabajaba en lo que se le presentara. Éramos cinco hermanos, yo soy el del medio. En nuestra casa todos los hijos teníamos que trabajar porque éramos muy pobres. Tuvimos que dejar atrás los juegos y las diversiones porque lo más importante era estudiar y ayudar en la casa.

Yo comencé a trabajar desde muy chico en pequeños trabajos. Mis hermanos y yo íbamos a ferias para vender cualquier producto y poder llevar algo a nuestra casa. Eso era lindo. Mi sueño era hacer la universidad para conseguir un trabajo mejor, porque vivíamos con mucha dificultad y lo único que iba a sacarnos de esa situación era estudiar. Todos los hijos estudiamos.

Nos fuimos de Nanuque a Sauretama en Espírito Santo cuando yo tenía doce años. Mi papá quería garantizar una mejor vida para nuestra familia. Era una ciudad más peligrosa, no había cómo salir porque había violencia. Mucha gente migraba a otros estados buscando vivir mejor. Mi papá hizo en Sauretama lo mismo que hacía en Nanuque. Un amigo de mi papá nos ayudó a conseguir un cuarto para toda la familia en una residencia. Al principio fue difícil. Tienes que dejar atrás toda la vida que tenías para construir una vida nueva.

Cuatro años después mi papá falleció y los hijos tuvimos que seguir trabajando para ayudar a mi mamá. A los dieciocho logré entrar a la empresa en la que estoy trabajando hoy, Calimán Agrícola. Hice de todo, aprendí mucho, quería mantener mi trabajo. Yo creo que la empresa vio un potencial en mí y pagaron mis estudios. Fue muy fuerte: trabajaba toda la jornada y me iba a estudiar en otra ciudad. Cuando acabé la facultad me dieron un puesto de auxiliar de oficina. Luego seguí un curso de seguridad y salud ocupacional. Cuando terminé el curso surgió la vacante en la empresa.

Llevo veinte años trabajando en esta empresa, he pasado con ellos por diferentes certificaciones. En 2015 Calimán se certificó en Fairtrade, es la primera certificación que realmente está orientada a beneficiar a los trabajadores. Cuando los

trabajadores están haciendo un embarque Fairtrade todos le ponen más ánimo y se ponen contentos porque saben que de ese contenedor va a haber un beneficio para ellos. Antes podíamos soñar, la diferencia es que ahora las ideas y los sueños que tenemos podemos ponerlos en práctica.

Me quedé en Sauretama, aquí construí mi familia, tengo dos hijas, una de ocho y otra de seis años y medio, que son una dulzura, una bendición de Dios. Yo quería tener un crecimiento profesional, tener nuevos contactos, conocer nueva gente, y gracias al Fairtrade he conseguido eso. Ahora quiero aprender otro idioma. Lo más importante que les voy a dejar a mis hijas es el amor al prójimo, ser humilde y luchar para alcanzar las cosas que quieres. Cuando alcanzas lo que creías que era inalcanzable te das cuenta de que valió la pena la lucha.



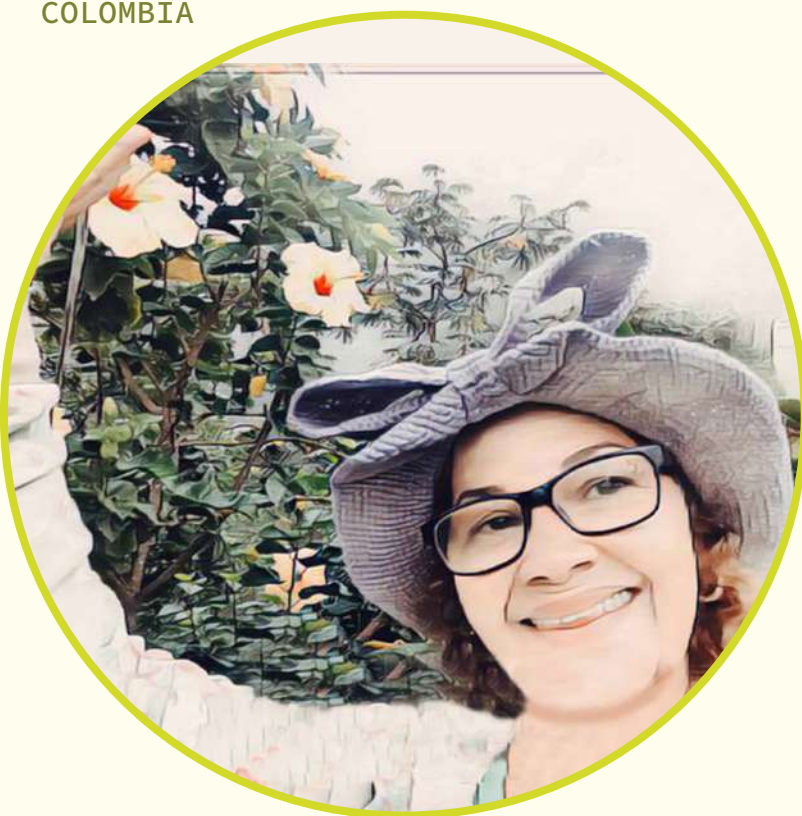
ANA DELIA BECERRA BLANCO

HISTORIA INVITADA

Red Ecolsierra

Asociación de Pequeños Productores Ecológicos
de la Sierra Nevada de Santa Marta

COLOMBIA



“

El Comercio Justo es una filosofía de vida, promueve la convivencia armónica y el respeto a las aspiraciones de los demás.”

Soy Ana Delia Becerra Blanco, tengo 54 años y vivo en el sector Vista Nieves de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia. Yo me había alejado de la vida del campo, de la finca, por los problemas que había de seguridad. Grupos irregulares acechaban las plantaciones y exigían comisiones por lo que uno producía. Además, mi esposo murió en un accidente de tránsito y era él quien conocía todos los procesos de producción y comercialización del café.

Pero luego, mis hijos crecieron y me propusieron ayudar para sacar el negocio adelante. Entonces empezamos a trabajar la tierra de nuevo, después de ocho años de receso. Ahí fue cuando un vecino me dijo que yo podía certificar mi café como orgánico y asociarme a la Red de Productores Ecológicos de la Sierra Nevada. A mí eso me pareció muy ambicioso, porque yo no sabía cómo se trabajaba en equipo. Para mí estaba bien el precio que me pagaban, pero resulta que podía ser mejor. Sin embargo, me acerqué a ver cuáles eran los requisitos que pedían para uno asociarse. Me di cuenta de que debía mejorar los procesos de producción y se me metió el gusano de superación. Y le dije a mis hijos: ¡me le mido!

Mi vida cambió radicalmente porque entendí que era posible vivir en el campo, haciendo lo que me gusta, rodeada de mis hijos y nietos, sin que eso significara tener demasiadas limitaciones económicas. Entendí que podíamos desarrollar un

negocio próspero en la Eskandia, nuestra finca, para ofrecer un café orgánico de calidad, y acoger a visitantes con la iniciativa de Macana, una empresa agro-eco-turística creada por nosotros en la asociación, cuidando los recursos naturales de los que nos servimos para cosechar y dando un trato respetuoso a nuestros trabajadores.

El trabajo de los demás y las actividades en las que me he involucrado me enseñaron las capacidades que yo tengo como mujer para liderar procesos, para ser más comprensiva con los trabajadores, los vecinos, los líderes de la comunidad. Dejé de ser una mujer sumisa para convertirme en gerente de mi negocio, capaz de emprender otras formas de producción que me permitieran contar con un ingreso permanente durante el año, y no solo en la temporada de cosecha de café. Así fue como acondicioné la casa en la finca como un hostel para atender turistas interesados en conocer el proceso del café orgánico y las costumbres que tenemos los campesinos de la Sierra Nevada.



El Comercio Justo me ha enseñado que es una filosofía de vida, no solamente aumenta nuestros ingresos por prima social, sino que promueve la convivencia armónica, el reconocimiento de las habilidades de los otros, el respeto por lo que aspiran ser mis hijos, mis nietos, mis hermanos, mis vecinos, mis socios.

Pienso que el Comercio Justo es una bendición porque mis padres que trabajaron el campo toda su vida deben estar muy orgullosos de todo lo que hemos logrado sin causarle daño a nadie y respetando a nuestra madre naturaleza.

Valores Comercio Justo:

DEMOCRACIA, CONFESIONES DE UNA ABEJA

“

Pues haz de cuenta que aquí, si eres hombre o mujer se te trata igual. No porque seas mujer te van a pagar menos, o no se te va a respetar. Aquí no hay religión, nada, cada quien es libre de su pensar y de su hacer y se le respeta. A veces la forma de pensar del otro no es igual a la tuya, pues hay que respirar y escuchar su punto de vista, ver si realmente podemos entre los dos hacer algo en beneficio de todos; respetar lo que cada uno piensa, eso es democracia.

”

Óscar Galindo, México

¿Ustedes creen que estoy libando aquí, en esta flor de azahar solo porque me la encontré en el camino y estoy loca por llevar néctar a mi reina? ¿Creen ustedes que nosotras las abejas solo hacemos lo que la reina ordena y manda? Las dos respuestas a estas preguntas son ¡No! La reina es reina solo porque asegura nuestra reproducción ¡Las decisiones importantes las tomamos por mayoría!

Pueden reírse pensando en cómo nos ponemos de acuerdo entre las diez mil abejas que estamos en un enjambre que busca una nueva casa. Digamos que es un debate parlamentario, que recoge y discute muchas propuestas.

Las abejas exploradoras volamos en distintas direcciones a muchos kilómetros de distancia, investigamos la calidad y cantidad de las flores, los vientos, la temperatura y regresamos a dar nuestro informe.

Que ¿cómo lo hacemos? ¡Pues danzando con mucha fuerza y alegría! Con nuestros movimientos revelamos la ubicación de esos campos, la calidad del néctar de las flores, la cantidad que podríamos libar.

Claro, como hemos sido muchas exploradoras, presentamos muchas propuestas. La asamblea las va descartando hasta quedar en doce, seis, tres y ¡por fin, nos ponemos de acuerdo!

Siempre hay un grupo que no está de acuerdo, que insiste en otra propuesta, pero lo que decide la mayoría, eso se hace y si insisten en la defensa de otras opciones, se les da un castigo: un cabezazo para que desistan de su veto y se una a la decisión mayoritaria.

No vayas a creer que, porque ves todos los días una abeja entre tus flores, es la misma abeja. Somos miles, y ya ves, sabemos ponernos de acuerdo.



FREDYS CUESTA GARCÍA

Corporación Sin Límite
Finca Altagracia
COLOMBIA



“
A través del Comercio Justo podemos alcanzar nuestros proyectos de vida y los de nuestros hijos.”

Soy Fredys Cuesta García, tengo 44 años, vivo en Apartadó, Antioquia. Mi trabajo está en el área agrícola de mi región y me desempeño en varios oficios relacionados al cultivo del banano. Nací en el municipio de Turbo y allí crecí. Tuve una infancia rodeada de mi familia y mis amigos y, aunque en el barrio había zonas muy peligrosas, mis amigos y yo siempre estuvimos seguros, porque cuando tienes una buena educación y una buena asesoría de tus papás uno siempre opta por el buen camino.

Yo recuerdo mucho a Alex, era el más inteligente del salón y vivía con la mamá y dos hermanos, cayó en las drogas y hace como dos años un carro lo atropelló y lo mató. Él siempre me ayudó, motivó y me apoyó mucho en mi proceso educativo, yo hacía las tareas con él, siempre fue insistente en que yo podía y tenía la capacidad para salir adelante y siempre le hice mucho caso.

Yo culminé mi tecnología en sistemas, actualmente estoy en noveno semestre de trabajo social. Me decidí por esa carrera porque la mayor parte de los temas que manejamos en la Corporación son temas sociales. Esta es la carrera que más se acomoda a la experiencia que he tenido como miembro de la Red.

En cinco años me veo ejerciendo la profesión, compartiendo los conocimientos que he adquirido, asesorando a otros trabajadores que lo necesiten y que eso sirva de apoyo para la comunidad y la familia. La carrera que sigo es muy ne



cesaria porque en el diario vivir aprendemos muchas cosas y hay ocasiones en las que las personas requieren una asesoría para direccionar sus proyectos. Ya teniendo todas estas herramientas y conocimientos hay que replicarlos para quienes lo necesiten.

Quiero que mis hijos aprendan a luchar por lo que sueñan, no es fácil, pero hay que empeñarse en lograrlo, hay que buscar los medios poniendo el corazón y haciendo lo correcto. Así lo hice yo y me gustaría que ellos sigan mi ejemplo.

El Comercio Justo me cambió la vida porque acá en Colombia no todas las empresas trabajan de esta manera. Quienes estamos en el Comercio Justo comparamos nuestra situación con la de otros compañeros de fincas no certificadas y medimos cómo nos

ha impactado. Nosotros tenemos más oportunidades con ese acompañamiento que recibimos y lo que nos entra a nosotros de prima se distribuye para cubrir las necesidades que tenemos trabajadoras y trabajadores.

Pero lo más importante es que también la compartimos con sectores vulnerables de la comunidad, no solo pensamos en nosotros, sino que pensamos en los demás.

Estoy seguro de que si no fuera parte del Comercio Justo tuviera muchas dificultades, no me estaría formando profesionalmente, porque tendría que pagarme mis estudios y no lo haría, porque primero pensaría en mis hijos y su educación. A través del Comercio Justo podemos lograr estos proyectos de vida.

ROBERTO SUÁREZ

Corporación Corporagros
Finca Manantial
COLOMBIA



“
En nuestra niñez no tuvimos apoyo, hoy gracias a una prima de Comercio Justo, nuestros hijos cambian su estilo de vida.”

Nací en Ciénaga, Magdalena. Somos cuatro hermanos. Me crié con mis abuelos, sin una persona que me guiara. A los catorce años estudiaba en la tarde, en la mañana vendía fritos que hacía mi abuela y yo los llevaba de casa en casa. Empezaba a las siete y terminaba a las ocho y media de la mañana. Luego hacía mis tareas y en la tarde cuidaba a mis primos.

De más grandecito trabajaba en bici-taxi. Siempre me mantuve entre los diez primeros de la clase, me gustaba hacer tarea e investigar. Les hacía la tarea a mis compañeros, ellos me pagaban por ese trabajo. Me gustaba exponer, decir de qué se trataba la actividad, así ganaba dinero para comer algo, porque las condiciones no eran las mejores. Nunca tuve los cuadernos que pedía la institución, siempre sacaba copia.

Siempre me ha gustado el fútbol, pero de chico no tenía un padre que me llevara a practicarlo. Una vez, de la empresa donde hoy laboro, me invitaron a jugar. Cuando faltaban cinco minutos para terminar me dieron la camiseta y me fue súper bien. Logré impresionar al dueño del equipo. Le conté que yo ganaba mi día a día en una bici-taxi. Me dijo «venga el domingo para otro partido». Fui y ganamos contra otra finca de banano. Me preguntaron si tengo mis documentos y gracias a eso pude ingresar a la empresa donde trabajo ahora. El jefe nos llevaba a jugar a otras fincas y teníamos una selección.

Un día, jugando en la empresa, tuve la oportunidad de que mi papá, que no estuvo a mi lado cuando crecí, me viera jugar. Se acercó a un costado de la cancha con una cerveza en la mano. Metí dos goles. Él lloró, me cargó, me pidió perdón y dijo que nunca vio al deportista que tenía. Fue el día más feliz de mi vida. Mi papá vio el don que tenía.

Mis compañeros me eligieron para ser parte del Comité de Prima. El Comercio Justo ha sido un pilar muy importante para mi crecimiento, tanto en lo social como en lo familiar; he aprendido sobre toda la normativa y cómo beneficiar a una comunidad, cómo mejorar las condiciones laborales. Gracias al Comercio Justo y a la prima recibida, una de mis

hijas estudia derecho, y como ella hay otros hijos e hijas que también se benefician.

En cinco años veo algunos compañeros de trabajo terminado su primaria y secundaria; veo a mi hija graduada en derecho; a mi otra hija casi entrando a la universidad y que contemos con la prima para mi otra hija; veo que ya tenemos una escuela para estimular el deporte; me veo como profesional en administración de empresas por el Comercio Justo. Son tantas las emociones, nos llena de gozo. Antes en nuestra niñez no teníamos apoyo, hoy gracias a una prima de Comercio Justo, nuestros hijos cambian su estilo de vida.



SAMUEL MONTES TORREGOSA

Corporación Mayorga
Finca Laureles
COLOMBIA



“
En la Red siento que no estoy solo y trabajo para que lo bueno no se acabe, para tener motivos para seguir adelante.”

Nací en una vereda del municipio de Necoclí, que se llama Almácigo Abajo. La gente de por allá vive de la ganadería y agricultura. Es gente campesina, humilde y trabajadora. Mi papá todavía se dedica al campo. Yo crecí libre, no había peligros, ni carros, ni motos, teníamos nuestra cancha de fútbol, compartíamos con los demás vecinos. Fue una infancia muy bonita.

Cuando tenía nueve años por ahí empezó a llegar la guerrilla del ELN. No se podía salir de noche. Un día se regó la noticia de que un grupo guerrillero iba a reclutar al bachillerato. Los padres de familia salieron con bestias, con carros, con motos a la escuela a buscar a sus hijos, pero ya la encontraron vacía, porque a nosotros también nos llegó la noticia y todos salimos corriendo. Uno vivía con la incertidumbre de que la guerrilla podía llegar.

Yo de niño quería ser docente, pero en la vereda solo había hasta quinto de primaria. El bachillerato lo hice en el corregimiento de Mellito, en una vereda que se llama Botijuela, y vivía con un tío. Extrañaba a mi familia, pero lo hice con gusto porque quería estudiar. Mientras yo estudiaba también trabajaba los fines de semana en una heladería, o limpiando lotes, o me iba a la finca y trabajaba sábado y domingo.

A los veintidós años me vine al municipio de Apartadó y empecé a trabajar en fincas. Ya estaba casado, tuve dos hijos. Trabajaba independiente



con un contratista, estuve rebuscándome para arriba y para abajo como dos años. Nos dieron un contrato en la finca Los Laureles y cuando terminamos, el administrador nos llamó y desde entonces estoy ahí, dando la lucha.

En junio de 2020 cumplí diecinueve años de trabajar ahí. Desde la llegada del Comercio Justo a la finca, la situación de los trabajadores cambió. Yo empecé mis estudios universitarios, algo que siempre había soñado, hice una licenciatura en pedagogía. Ahora estoy haciendo una especialización en ciencias de deportes. Mis dos hijos están cursando sus carreras universitarias, también adquiriré un crédito para construcción en sitio propio, tengo una vivienda digna. El crecimiento ha sido mutuo, ya que mi familia me dio su apoyo para que hiciera parte

del Comité de Prima y se ha sentido feliz, porque sí hemos visto los cambios tanto en salud como en educación.

Con el Comercio Justo he aprendido a ser más tolerante con los demás, a tener en cuenta que la familia es fundamental en cualquier decisión que vayamos a tomar en nuestras vidas. En la Red siento uno que no está solo y se trabaja para que lo que es bueno no se acabe, para tener motivos para seguir adelante. Mis aspiraciones ahora son terminar la especialización y hacer la maestría. Tengo un proyecto que le presenté al gerente. Me mandó a decir que apenas se acababa esta pandemia conversábamos. El proyecto consiste en crear una escuela de deportes que tenga todas las disciplinas. Quisiera ejercer de lo que estudié, a ver si lo logro antes de morirme.

EQUIDAD, APRENDIENDO A VOLAR

“

Ser reconocida se siente súper bien, es un cambio porque sabes de dónde vienes, se siente que te toman en cuenta, una se siente que sí puede. Entonces es ahí cuando una sabe que tiene capacidad para asumir sus responsabilidades. En la empresa se entiende la situación de las mujeres, eso es un logro del comité de mujeres.

”

Verónica Altagracia de la Rosa, República Dominicana

Lo primero que vio, después de salir de su cascarón, fue una enorme mancha azul surcada por una flecha formada por más de cuarenta pelícanos. En la punta de la flecha, un enorme pelícano, con las alas desplegadas, iba marcando el rumbo. Supo en ese instante, que quería ser esa guía, esa punta que iba escindiendo el cielo.

Sus padres le enseñaron a volar, sosteniéndola sobre sus acogedoras alas. Después aprendió a flotar, a dejarse ir con las corrientes del viento y a viajar largas distancias en busca de alimentos. Su madre le enseñó a zambullirse, cayendo en picada desde el cielo. Aprendió a volar en formación, siempre siguiendo al líder, porque de esa manera podían acorralar a los bancos de peces.

Vivía como muchos pelícanos, hembras y machos, aprendía lo que debía aprender, aprendió a leer y a seguir las señales corporales y las miradas con el que macho alfa dirigía las excursiones de pesca.

Le explicaron el rol de los machos alfa; le dijeron que las hembras siempre serían beta, que su puesto debía ser atrás de un macho, pero Tula, no abandonó sus sueños, quería ser la guía, ser la punta de la flecha que marca el rumbo de la sobrevivencia, bajo el azul del cielo y sobre el verde mar.

Una mañana salieron en busca de una mancha de peces. Volaron primero en una larga línea, una

corriente de aire sostenía su vuelo, una, dos, tres aleteadas y se dejaban ir, sin perder la formación. El alfa divisó el movimiento ondulante de una mancha de peces; con un movimiento suyo, casi imperceptible, marcó la formación de una gran flecha, con sus ojos ordenó el alineamiento desde el vértice. El mandato fue claro, todos lo siguieron, se abrieron en dos líneas a partir del vértice formando un triángulo sin base, para rodear al cardumen de peces.

Tula vio como el pelícano alfa, y cuatro o cinco de los que estaban atrás de él, caían en picada con una fuerza y velocidad increíble. Ella levantó un poco el vuelo para salir de la corriente de aire y prepararse para la zambullida. Miró hacia abajo, los pelícanos no habían salido del agua, algo había pasado. Miró a lo lejos, dos barcos estaban varados al vaivén del mar. Recordó las redes que, como panzas inmensas, arrastraban estos barcos. Los pelícanos se habían enredado en una de esas redes. Arriba, el desconcierto era grande, quién guiaría, a dónde irían. Tula voló y se ubicó en la punta, repitió las señales que había aprendido de tanto mirar. Todos la siguieron, volvieron a formar una larga fila, la pesca debía seguir. Tula había aprendido a guiar, había cumplido su sueño.



FREDY CABRERA

Asociación de Empleados y Trabajadores Sapriet S.A.

Sapriet

ECUADOR



“
El cambio con la certificación fue enorme, tenemos estabilidad laboral, y proyectos de salud, vivienda, educación, microcréditos.”

Soy de Pasaje, en la provincia de El Oro. En nuestra provincia el 70% de los trabajadores dependemos de las plantaciones de banano. Son plantaciones muy grandes, sus propietarios son gente de plata. Vengo de una familia humilde y trabajadora, mi papá tenía una finquita de cacao. De ahí salía el sustento para nuestra familia. Nosotros, los hijos, pasábamos ayudando en la siembra y cosecha del cacao y otras frutas: zapotes, mandarinas, mangos. Un poco era para el consumo en la casa y otro poco sacábamos a vender en un puestito que tenían mis papás en el mercado.

Yo estudiaba, trabajaba ayudando a mis papás y jugaba fútbol. Yo quería ser futbolista, era bueno jugando. Cuando yo tenía unos doce años, mi papá se cayó de una escalera y se lastimó mucho la espalda. Hartos años estuvo enfermo, nosotros éramos muchachos, no podíamos trabajar y sacar adelante la finca, entonces tuvo que vender esa propiedad. Mi hermano de catorce y yo de trece años pasamos a ser el sostén de la familia: sábado y domingo a trabajar al campo a otra hacienda de cacao. Nos pagaban en ese tiempo diez sucres por día. A veces pensaba en dejar de estudiar, porque no nos alcanzaba, pero mis papás no me dejaron. Me comenzaron a pagar por jugar fútbol los domingos, diez sucres por partido. El domingo después de medio día salía de la finca y me lanzaba a caminar hacia la cancha, era como una hora de camino. Era muchacho, era fuerte, y ya en el día ganaba veinte sucres.



Me gradué de bachiller técnico en mecánica. Siempre quise ser ingeniero mecánico, pero no pude, el trabajo me ganó. Primero me fui a trabajar en Quito, regresé y conseguí trabajo en una exportadora de banano, luego pasé al grupo Prieto y ya estoy ahí veinticinco años. Yo entré como calificador de fruta porque ya tenía experiencia. Fui parte del proceso de certificación hace veinte años. El cambio con la certificación fue enorme, tenemos estabilidad laboral, la rotación de los trabajadores es bajísima, recibimos muchos beneficios: proyectos de salud, vivienda, educación, microcréditos. En los últimos cinco años construimos un complejo deportivo y todos esos proyectos los gestiona democráticamente el Comité de Prima. Para tomar cualquier decisión se consulta y se vota. En la pandemia, por ejemplo, nos reunimos virtualmente y decidimos dar un bono de

cuatrocientos dólares a todos los trabajadores para que puedan comprar tablets o teléfonos para que sus hijos puedan seguir la teleducación. Me apasiona mi trabajo en la asociación, en el Comité de Prima y en las labores agrícolas.

Mis padres siempre me inculcaron la verdad, creo que eso me preparó para la vida, ser transparente, ser persona de bien. Aquí con el Comercio Justo, también: la democracia, la transparencia, la solidaridad, el respeto, la equidad. Los sueños se van cumpliendo de a poco y van cambiando con los años. Muchos se han cumplido, como tener un trabajo estable, viajar a otros países, ver a mis hijas profesionales. Ahora solo quiero jubilarme, pasar con mi familia y pasar con mis nietos. Pienso salir con mi señora a pasear por nuestras playas. Irme a dar una vuelta por el Ecuador, vivir más tranquilo.

MARIBEL PRIETO

Asociación de Desarrollo Social Jardines de la Alegría

Joygardens S.A.

ECUADOR



“
Mi trabajo me ha dado la oportunidad de ser alguien en la vida. Aquí somos todos solidarios y arrimamos el hombro para todo.”

Yo nací en Santo Domingo de los Tsáchilas, una ciudad que queda en el centro del Ecuador, justo entre la costa y la sierra. Vivíamos en el centro, mis papás tenían un pequeño negocio donde se vendía de todo. Mi infancia fue hermosa. Tuve unos padres amorosos y consentidores, humildes y muy trabajadores. Siempre fui mimada, muy cuidada. Ahora creo que hicieron mal en darme todo lo que yo quería, porque después me tocó sufrir. Solo cuando estuve fuera de la casa supe valorar lo que había tenido. Eso me golpeó mucho.

Santo Domingo de los Tsáchilas es una provincia que se hizo con migrantes de todas las provincias del Ecuador, mi papá por ejemplo era de Alausí, de la provincia de Chimborazo; mi mamá era de Quito. Por estar en el centro geográfico del país, el comercio y la gente se movían mucho. Como toda ciudad de la costa, la vida nocturna era intensa. Mientras yo crecí era un lugar con mucho calor humano: la amistad, la sinceridad y la solidaridad eran valores que estaban presentes.

Hasta los veintiocho viví con mis papás, tenía todo en la mano, farreaba y disfrutaba de la vida. Unas amigas venían a trabajar a Cayambe en temporadas y me convencieron de que también me viniera: trabajaba, tenía plata y seguía la farra. La verdad es que me gustó ser libre, no había mi mamá que me dijera qué hacer, hacía lo que me daba la gana. A Cayambe llegaba gente de todo el país para trabajar en las florícolas. Acá

hace mucho frío y la gente es diferente, más reservada, no dicen lo que sienten, no se habla directamente, la gente se guarda las cosas. Pero también hay mucha solidaridad, la gente me ha ayudado, me ha dado un plato de comida y yo lo he aceptado.

Me quedé en la Joygardens, una plantación de rosas que tiene algunas certificaciones, entre ellas la de Comercio Justo. He convivido con mucha gente colombiana, con gente de Macará, después vinieron los de la costa. La verdad es que todos somos migrantes en nuestro país, la gente se mueve buscando mejorar su vida. Soñaba con ser ingeniera, doctora, tantas cosas. Pero no valoré el estudiar, creí que el tiempo me sobraba. ¡Me arrepiento tanto de no haberlo

hecho! Ahora mi meta es salir adelante en mi trabajo, superarme más.

Tengo más de veinte años trabajando en Joygardens como clasificadora. Yo soy representante de los trabajadores, presidenta del Comité de Trabajadores. En esta pandemia, por ejemplo, cuidamos de todos los trabajadores con víveres, alcohol, vitaminas, medicamentos de prevención, medicamentos curativos, visores. Hemos estado juntos, hemos estado cuidándonos.

Mi trabajo me ha dado la oportunidad de ser alguien en la vida. Aquí nos valoran como lo que somos, seres humanos. Más que todo aquí somos una familia, somos todos solidarios, todos estamos arrojando el hombro para todo.



WILTHER ZAMBRANO CEVALLOS

Asociación Unidos por el Progreso Unipro
Hacienda Paula Nicole S.C.C.
Ecuador



“Quiero que mis hijos aprendan los valores que mi abuelo me enseñó y que cumplan sus sueños, para que su vida sea mejor que la mía.”

Yo soy de la provincia de Manabí, en Ecuador. Nací en Calceta, pero crecí en Junín. Ahí viví hasta los 16 años, a esa edad salí a trabajar en la provincia del Guayas. Tuve que dejar mis estudios porque la situación de mi familia era dura. No crecí con mis padres. Quienes me criaron fueron mis abuelos paternos, ellos trabajaban la tierra, eran pobres, se dedicaban a los granos, a la agricultura. Mi abuelita enfermó de cáncer y tuve que empezar a trabajar para apoyar con los gastos.

Me crié con mis abuelos porque mi papá no era de esas personas que se quedaba con una relación, era ese tipo de persona que pasaba picando aquí y allá. En relaciones no sentaba cabeza, mis abuelos al ver eso decidieron hacerse cargo de mí. Los pocos estudios, los ejemplos, los valores que tengo los aprendí de mi abuelo.

Con mis abuelos pasamos muchas situaciones difíciles. Ellos quedaron solos porque sus hijos tomaron su vida, quedaron sin fuerza para ver la finca, la tierra, no tenían esa fuente de ingreso. Fue duro, nos tocó estar sin comer, teníamos que hacer trueque, pasamos muchas vergüenzas y muchas veces amanecíamos sin tener algo para comer.

Yo quería ser futbolista, empezaba a entrenar con baloncitos de medias, entonces veía la tele a blanco y negro y me emocionaba bastante con los partidos de fútbol. Pero una lesión en mi rodilla me sacó de ese plan. Mi abuelo quería que yo fuera una persona más preparada, a él le gustaría que me vinculara con la política, no por lo económico sino porque siempre me inculcó ese espíritu de



servicio a los demás. De mi abuelo aprendí la importancia de servir, el valor de la humildad y el amor por la agricultura.

Trabajo en la Hacienda Paola Nicole, una empresa de banano certificada Fairtrade en la provincia de Los Ríos cantón Buena Fe. Yo hago control de sigatoka. Para mí el Comercio Justo es algo que ayuda a las bases. Siempre el comercio normal ayuda a los altos mandos, el Comercio Justo ayuda al productor, pero también a las bases. Hace una semana venimos de donar baños públicos a la comunidad, eso es posible con el Comercio Justo. Ayuda a la comunidad, a nuestra familia y a nosotros mismos.

Yo veo el futuro con esperanza, mis hijos están estudiando por las becas de la prima. Ellos podrán

tener ese futuro que yo no tuve. Quería ser ingeniero agrónomo pero las circunstancias de mi vida no me permitieron hacerlo. Quiero que mis hijos aprendan los valores que mi abuelo me enseñó y que vayan cumpliendo sus sueños, trato de que su vida sea mucho mejor que la mía.

En lo personal el Comercio Justo me permitió fortalecer esa capacidad de liderazgo y me dio los espacios para cumplir con mi vocación de servir. Soy presidente del Comité de Prima y la confianza de mis compañeros es algo que valoro mucho. Siempre tuve esa necesidad de trabajar por los demás. El Comercio Justo me permitió perfeccionar esa semilla que tenía y que ahora veo plasmada en cada uno de los proyectos que tenemos.

Los valores del Comercio Justo:

RESPECTO, EL COLOR DEL MAR CARIBE

“

Antes podíamos soñar, la diferencia es que ahora las ideas y los sueños que tenemos podemos ponerlos en práctica. La certificación Fairtrade ha dado esas posibilidades. ”

Argemilson Carvalho, Brasil

Una hormiga vivía en su hormiguero. Todos los días salía, buscaba sus hojitas, volvía, descansaba y volvía a salir. Era sencilla su vida. Un día se encontró con un papagayo.

— Oiga usted, mi doña ¿No se cansa de mirar ese oscuro color de la tierra y el verde de las hojas?

— Mmmmm. Pensó un rato la hormiga. ¿Qué otros colores hay?

— ¡Ay su merced! Pues hay miles. Pero, pa' decirle la verdad, el color que más me gusta es el color del mar Caribe.

El papagayo se sacudió las alas y levantó el vuelo.

— ¿Y qué color es ese? Grito la hormiga. Pero el papagayo ya no la oyó.

La hormiga se quedó pensando, perdió el sueño, confundía sus caminos.

— ¿Qué color tiene el mar Caribe?

Hasta que decidió salir a buscar el mar Caribe.

— ¿A dónde va usted? Le preguntaban en el camino.

— Al mar Caribe, contestaba ella.

Todos hacían algún comentario divertido:

— ¿Y en dónde se va a parar para ver el mar, su merced?

— ¡Tenga cuidado con las olas!

— Me han dicho que hay cangrejos que comen hormigas.

La hormiguita se sentía mal. A veces pensaba que siendo tan pequeña no debía soñar con algo tan

grande como el mar Caribe. Pero siguió caminado, día tras día, rumbo a la costa caribeña. Estaba cansada y casi arrepentida. Una mañana se despertó...

— ¡Ay! Gritó asustada al ver frente a sus ojos unas alas celestes. Enseguida se tranquilizó y dijo riendo

— ¡Doña mariposa, no la sentí llegar!

— ¡Disculpas, doña hormiga, yo tampoco la vi! ¡Es que venía tan cansada!

— ¿A dónde se dirige, su merced? Preguntó la hormiga.

— Al mar Caribe. Contestó la mariposa.

— ¡¿Va al mar Caribe?! Gritó emocionada la hormiga, y se puso a bailar y a reír. ¿Será que la molesto mucho si le pido que me lleve? Yo se que es muy de locos que yo quiera conocer el Caribe, no se acostumbra que una hormiga...

— ¡Ey, doña hormiga! ¡No me explique más!, cada uno es libre de querer y pensar lo que quiere.

— ¿Me lleva entonces? Dijo ilusionada la hormiga.

— ¡No faltaba más, querida amiga! Contestó sonriendo la mariposa.

Desayunaron, conversaron y emprendieron el vuelo. La hormiga iba bien prendida al ala izquierda de la mariposa.

Llegaron juntas al mar Caribe. La hormiga lo contempló.

— ¡Es el color más lindo que yo haya visto en mi vida! ¡Valió la pena el viaje!



OSCAR GALINDO REYNA

Fundación Don Jorge AC
Agrícola el Sifón SPR de RL
MÉXICO



“En el Comercio Justo si eres hombre o mujer se te trata igual. Cada quien es libre y se le respeta.”

Yo nací y crecí en un pueblito rural que se llama Venustiano Carranza, en el estado de Colima, México. Está en la costa, tiene clima tropical. En el patio tenías papaya, mango, limón, tamarindo; tenías tu gallina, tu puerquito, ahora ya no lo permiten. Mi mamá se dedicaba a la costura, y mi papá al campo. Nosotros trabajábamos como cosechadores para los grandes productores de fruta. Yo iba con mi papá, tantas cajas, a quince pesos por caja, tantos pesos. Era poco, pero nosotros decíamos: ya con que te ajuste para un kilo de huevo y un kilo de tortillas, ya sacaste para la comida. No importaba la edad, si el cuerpo te daba para cosechar, cosechabas. Uno crece en ese ambiente pues no sabes más que hacer eso; sales de vacaciones y órale, a trabajar. Con esos dineritos podías ayudar a la familia y comprar tus útiles escolares. Mis papás se encargaban de vestirnos, de calzarnos, de la comida. Si pedías una mochila: ¡ah! sí, junta tu dinerito y yo te lo completo. Yo aprendí a ser responsable, se cuánto trabajo cuesta cada cosa.

Yo quería ser doctor o enfermero, pero mi familia no tenía recursos, lo que estaba cerca de mi localidad y no costaba mucho era una escuela de agronomía. Pero cuando me tocó entrar tuve un accidente y no pude continuar. Cuando me recuperé me fui con mi hermana la mayor, me puse a trabajar en Colima, en la capital del estado, despachando gasolina. Después me fui a los Estados Unidos. No era ilegal, pero no podía trabajar porque mi visa era de turista. Comencé en la pisca de la manzana.

Fue un año muy duro, te tratan mal, los mismos supervisores mexicanos, tu misma gente te discrimina.

Se presentó una oportunidad en el grupo Coliman e hice mi solicitud. Es una plantación de banano, yo soy auxiliar administrativo, me encargo de hacer los reportes de cosecha y empaque a destino. A mí me gusta lo que hago; tengo la posibilidad de recorrer todo el terreno, comunicándome con las personas, con los trabajadores; platicamos de proyectos, eso me gusta, recorrer por todos lados, eso es lo más chingón, el contacto con la gente. Cuando están todos en asamblea se me dificulta el hablar, pero en poquito, me explayo. Vas pasando y ya te están saludando.

De Comercio Justo no conocía nada, pero comparé lo que viví cuando trabajaba en los Estados Unidos,

donde saben que tu trabajo vale diez, pero te dan cinco porque tienes necesidad. Pues haz de cuenta que aquí, si eres hombre o mujer se te trata igual. No porque seas mujer te van a pagar menos, o no se te va a respetar. Aquí no hay religión, nada, cada quien es libre de su pensar y de su hacer y se le respeta. A veces la forma de pensar del otro no es igual a la tuya, pues hay que respirar y escuchar su punto de vista, ver si realmente podemos entre los dos hacer algo en beneficio de todos; respetar lo que cada uno piensa, eso es democracia.

Aquí estoy formando un futuro, tengo un seguro. Cuando sea mayor me van a dar una jubilación. Me siento a gusto donde estoy, quizás tenga muchas cosas por hacer, pero ahí vamos aprendiendo cada día un poco.



FELÍCITA ALTAGRACIA MATA

Asociación de Trabajadores La Nueva Esperanza
▶ **Guineos Dominicanos, Guidom**
REPÚBLICA DOMINICANA



“He podido conocer muchos trabajadores, intercambiar ideas y aprender más. Yo me digo: mira Felícita adónde llegaste.”

Cuando yo tenía como ocho años sembrábamos tabaco y tomate y nos pagaban cinco pesos por día, era por 1974. Todos los hermanos salíamos a hacer esas tareas. Tierra que la surqueaban, le metían reguío, nosotros, matita por matita íbamos sembrando a cuarta de distancia. Preferían los niños porque para sembrar uno tenía que doblarse mucho y como uno era chico, no se doblaba tanto. Tal vez la paga era poca, pero si uno encontraba la manera de ganarse cinco o seis pesos, uno pensaba que era demasiado dinero. Mi mamá nos enseñó a trabajar para sobrevivir, porque éramos muy pobres.

Nosotros éramos una familia de trece hijos, yo soy de las del medio. Mi papá era albañil y se enfermó cuando yo tenía como siete años; vivió dieciocho años enfermo. Cuando él murió quedamos ocho hijos con mi mamá. Los más grandes íbamos a la zafra de tabaco, caña, a recoger tomate y picar carbón en el monte, aunque era prohibido. Cortábamos la leña, se la picaba y la cargábamos para los hornos. Hacíamos como una casita, la cubríamos con hojas y con tierra y ahí le metíamos candela, duraba un día o dos. Cuando dejaba de humear lo destapábamos, lo regábamos para apagarlo y salíamos a vender en burrito la carga de carbón. A pesar de nuestra situación, hice hasta el octavo aprobado.

En mis quince años, mi mamá me compró el primer vestido y los primeros zapatos nuevos que yo tuve. A mis hermanas mayores les hizo el mismo regalo en sus quince años. Yo creo que de lo poco que teníamos, ella ahorraba para esas ocasiones, para



darnos un día feliz, éramos su orgullo. Tomé la decisión de independizarme con un compañero. Me separé a los tres años. Otra vida difícil, con un niño pequeño y otro embarazo. Recogía algodón, habichuela, tomate, amarraba tabaco. Mi mamá y mis hermanas mayores me lo agarraban a mi hijo para que yo pudiera trabajar.

En 1990 tomé la decisión de salir con mis hijos para Santiago. Trabajé en una farmacia limpiando, fregando envases y dándoles café a mis superiores. En unos nueve meses me vine a Mao con una hermana y empecé a trabajar en banano. Ahora estoy viviendo en Valverde Mao desde hace veintinueve años. Pasaron muchos años hasta que llegaron a decirnos que íbamos a pelear por tener una plantación certificada. En el 2007 lograron la certificación y cambiaron las condiciones de trabajo: ganando más, tratándonos mejor.

Fui beneficiaria de una casa para mi familia. Tengo una casita humilde para vivir con dignidad. Gracias a Dios y al Comercio Justo, mis dos hijos han podido seguir estudiando, uno está en la universidad y otra está cursando el bachillerato. Ahora tengo unas hernias en la columna y malas mis rodillas y estoy trabajando en un área de cambio de mano. Ese trabajo es mejor para mí.

Soy delegada a representar los trabajadores en la Red de trabajadores de Comercio Justo del país, donde tengo el puesto de tesorera. Ha sido una experiencia muy bella, he podido conocer muchos trabajadores de distintas organizaciones de otras plantaciones, intercambiar ideas y experiencias y aprender más. Yo misma me digo: mira Felícita adónde llegaste.

HILMA ALTAGRACIA DÍAZ

Asociación de Trabajadores Kellisa 2

Kellisa 2

REPÚBLICA DOMINICANA



“Tener casa propia: eso es mejorar la calidad de vida. El Comercio Justo ayuda al desarrollo social y la ayuda social es mi pasión.”

Mi casa se quemó en 2004, en la ciudad de Santiago de los Caballeros. En un abrir y cerrar de ojos perdí todo lo que con mucho esfuerzo había logrado. Pero Dios tiene un propósito para cada uno de sus hijos. Me regresé a mi provincia de origen, Montecristi, y hoy día tengo mi casa propia.

Me crié en la capital desde los seis años con una tía profesora, cuando mis padres se separaron. En la capital tuve que cambiar la costumbre que llevé. La ciudad es totalmente diferente. No es como en el pueblo, que me toca la vecina y me dice vamos a tomar café. Mi padre primero nos llevó a mi hermano mayor y a mí, luego regresó por los dos más pequeños. Esa separación de mi mamá y de mi tierra fue un dolor muy grande en mi infancia. Yo recuerdo el jardín que tenía mi mamá, era tan feliz ahí que me ponía a regar las flores. Después no me volvieron a gustar las flores, me llevaba tan atrás el recuerdo de ese jardín que me daba miedo sentir tanta nostalgia.

Fui a un colegio grande, en mi pueblo solo había una escuelita pequeña. Ahí me castigaban para cambiar mi forma de hablar. Yo soñaba enseñar con amor a los niños, porque yo tuve que aprender con mucho dolor y castigos. Estuve estudiando para profesora, pero me quedé. Hoy tengo cuarenta y siete años y todavía me gusta enseñar. No soy profesora, pero doy asesoría a los muchachos del Comité de Prima y eso me gusta mucho.

Cuando regresé a Montecristi trabajaba en una finquita solo dos días a la semana. Mi vida era

muy difícil. Entré a una finca certificada Fairtrade y de inmediato empecé a notar el cambio. Allí me desenvolví como encargada del comedor de la plantación y como tesorera del Comité de Prima, y luego como presidenta. Ya llevo muchos años en fincas certificadas y he desempeñado varios cargos. He tenido la oportunidad de viajar a Cuba, Colombia, Perú, Ecuador, El Salvador, y de conocer a otros trabajadores en diferentes encuentros y capacitaciones de la Red de Trabajadores. Ha sido una experiencia inolvidable que me ha hecho crecer personal y laboralmente.

En 2010 califiqué para la entrega de una vivienda. Fue la alegría más grande. Antes, dormíamos once personas en dos habitaciones. Cuando yo era niña

teníamos que dormir los cuatro hermanos en una sola cama. Tener casa propia: eso es mejorar la calidad de vida. Ahí sí me encanté por el Comercio Justo, porque realmente ayuda al desarrollo social. La ayuda social es mi pasión. Yo siempre les digo a mis hijos que no quisiera que pasaran lo mismo que yo. Mi niña estudia medicina gracias al Comité de Prima, que la ayuda en sus pagos. Tenemos la medicina segura, la oportunidad de obtener préstamos sin intereses.

Todavía recuerdo con todo el cariño de mi corazón a mi papá. Ya lleva dieciocho años muerto. Él no llegó a ver todo lo que he logrado desde que regresé a Montecristi, pero creo que estaría orgulloso de mí.



Los valores del Comercio Justo:

SOLIDARIDAD, LAS PLUMAS DEL LORO CACHETE AMARILLO

“

En la red siente uno que no está solo y se trabaja para que lo que es bueno no se acabe, para tener motivos para seguir adelante.

”

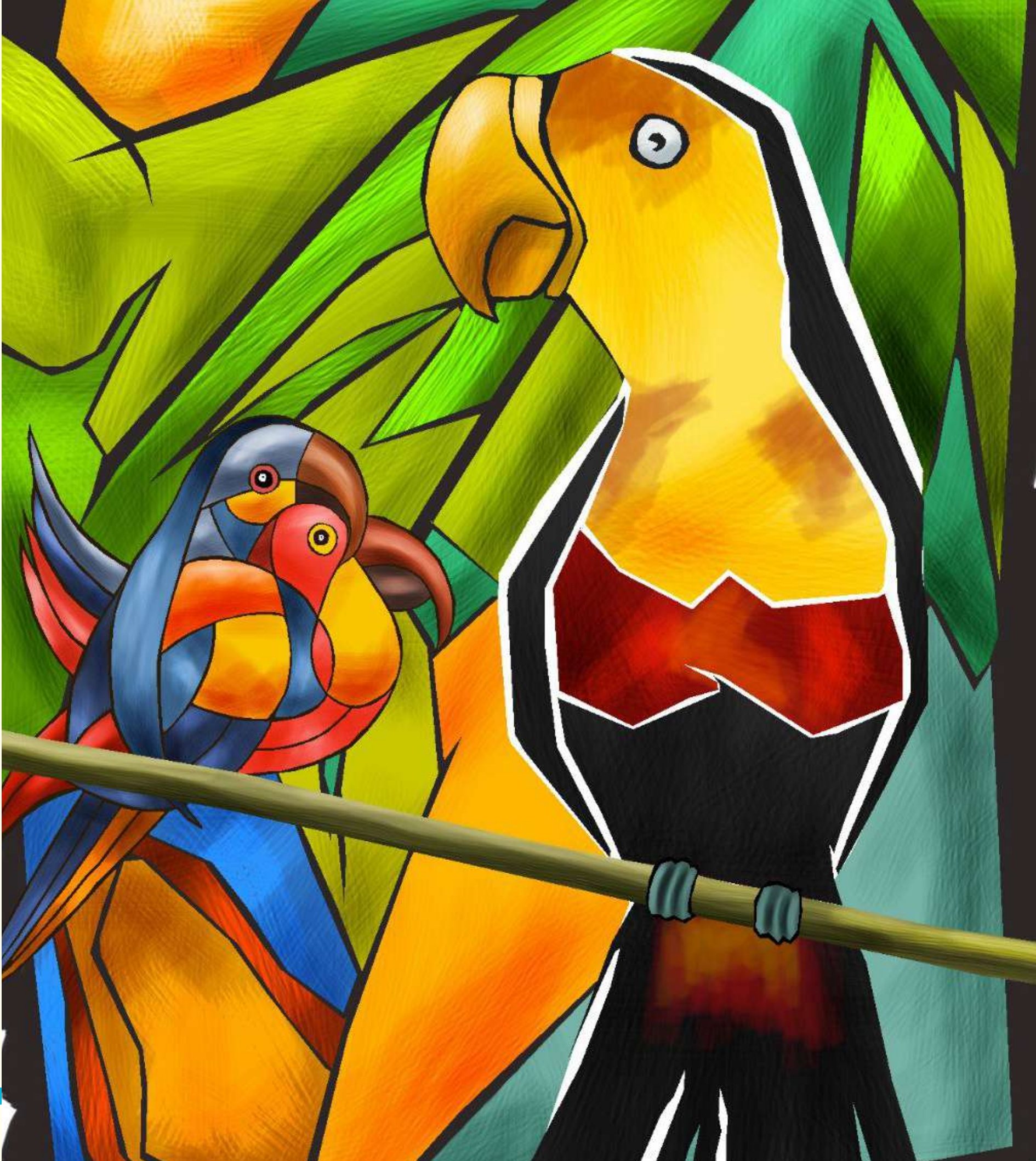
Samuel Montes, Colombia

Cuentan los abuelos que hace muchísimos, pero muchísimos años, el loro cachete amarillo, que habita en la amazonia, tenía el plumaje muy negro y solo el pico amarillo. Era muy tímido porque no podía hablar y, además, se sentía feo ante los maravillosos colores que tenían el resto de pájaros.

Un día, empezó un fuego en el bosque, todos los animales corrían en desbandada. En un enorme shihuahuaco, gritaban muchos pájaros, que habían hecho sus nidos en ese árbol. ¡Ayuda! ¡ayuda! Gritaban, ¡nuestros polluelos no pueden volar! Pero nadie se detenía... excepto el loro negro de pico amarillo. Desafiando el fuego fue llegando a

los nidos para ayudar a las madres a sacar a sus polluelos.

Cuando todos estuvieron a salvo, regresaron a ver al loro, que, como siempre, estaba apartado, se había quedado sin plumas y su pico y sus patas estaban negras de hollín. Entonces, todos los pájaros empezaron a sacarse plumas y se las regalaron, así el loro cachete amarillo, se fue vistiendo de colores: azul, verdes de muchas tonalidades, rojo, turquesa, amarillo. También, todos los pájaros le fueron regalando palabras, para que pudiera comunicarse. Desde ese día se sabe que la solidaridad, pinta de colores la vida y suelta las palabras.



MARÍA EDUVIGIS JORGE CRUZ

Asociación de Trabajadores Hacienda Lidia María
Hacienda Lidia María
REPÚBLICA DOMINICANA



“Creo firmemente que todos unidos seremos más y en el esfuerzo de cada trabajador hay un logro, eso es el Comercio Justo.”

Soy María Eduvigis Jorge Cruz, nací en Santiago de los Caballeros, pero crecí en la zona de Platanal, que era un lugar donde había grandes sembríos de cabuya. Nadie le había puesto nombre a esta zona, pero entonces vieron que en medio de toda esa cabuya estaba solita una mata de plátano y decidieron ponerle Platanal. Para no confundirse le añadieron: Adentro, Arriba y Abajo. Platanal Adentro, donde yo vivo, era el más apartado. Mamá era tejedora de alfombras, hacía cepilleras para los cepillos dentales. Todo eso se acabó, dejaron de sembrar cabuya.

En esta zona las mujeres salen adelante. Mami se casó a los catorce años, tuvo cuatro hijas y nunca ha dejado de trabajar. Donde ella pudiera conseguir trabajo, ahí estaba. Mi papá nos hacía de comer, nos llevaba y traía de la escuela. Ahora, mami decidió estudiar. A sus cincuenta años está en primero de bachillerato. Le cuesta, pero hace su tarea sola. Me siento orgullosa de ella y me veo reflejada en ella, porque se motiva a terminar lo que ella quiere.

Primero comencé a estudiar diseño de interiores, pero me salí porque no tenía dinero. Me puse a trabajar en una casa, luego entré a trabajar en una plantación que todavía no estaba certificada Fairtrade, pero después de estar trabajando allí comenzaron con el proceso de certificación y desde ese momento me interesó el tema, no solo a mí, sino a todos los trabajadores.



Hace un año comencé de nuevo a estudiar en la universidad a través de una beca que me otorgaron con los fondos de la prima. Estoy estudiando psicología, a mí me gusta escuchar al otro, soy una persona que tiene capacidad para conversar, para mediar. Ese es un apoyo que doy a mis compañeros.

Me gusta estar involucrada en la Red Nacional de Trabajadores, he participado en los encuentros nacionales y tuve la oportunidad de estar en las elecciones de los miembros de la Red de América Latina, conocí trabajadores de otras partes del mundo, pude expresar mis ideas con más claridad, perdí el miedo escénico. Como trabajadores tenemos que velar por que lo que exportemos sea de buena calidad. Es un trabajo de todos, si alguien falla, todos perdemos. Uno no se puede echar para

atrás, hay que luchar y nunca rendirse. Creo firmemente que todos unidos seremos más y que en cada esfuerzo de cada trabajador hay un logro, eso es el Comercio Justo.

Quiero aprender más de Comercio Justo para crecer dentro y fuera de una plantación, para crecer como persona y como comunidad. En Platanal tenemos algunos proyectos que solo los podemos tener gracias a la prima Fairtrade y a la solidaridad: proyectos de vivienda, de reforestación, donación de zafacones para las escuelas, parques, policlínica. Pienso que la solidaridad es con lo que más me identifico de los valores del Comercio Justo, eso y el respeto. Yo respeto y me gusta que me respeten. Esos son valores muy importantes en mi vida. Todo eso es bienestar para la comunidad, es una vida digna.

MILAGROS ELIZABETH ROSARIO

Asociación de Trabajadores-as Progresistas Los Ciruelos

► **Coral Castle**

REPÚBLICA DOMINICANA



“Para mí el Comercio Justo me cambió todo, me enseñó a ponerme en los zapatos del otro. Aprendí a amar todo lo que hago.”

Nací en Villa Vásquez, un pueblecito que pertenece a la provincia Montecristi. Luego de tener un año, según cuentan mis padres, nos trasladamos a Santiago, una provincia de República Dominicana. Me crié ahí hasta los once años. Como la familia de parte de mi madre, todos viven en las Matas de Santa Cruz, nos mudamos aquí. Me casé a los diecisiete años, pero me separé. Terminé mis estudios aquí en las Matas de Santa Cruz. A mi abuelo lo mataron con cuatro puñaladas. Fue triste. Mi abuelo era músico, tocaba acordeón, prácticamente en mi familia casi todos son músicos, les gusta el acordeón, la tambora, la güira. Tengo dos niños, actualmente estoy en unión libre. Mi niña se llama Emily y tiene doce años. El niño tiene catorce años, se llama Emanuel. Con mi esposo tenemos diez años como pareja. Mis hijos son de otra relación.

En diciembre pasado se quemó mi casa y gracias a los proyectos de Fairtrade pude calificar para una nueva. Tras el incendio prácticamente me quedé con la ropa que tenía encima. Perdí todo lo material y lo que tenía mucho valor sentimental para mí.

Inicié la universidad hace un buen tiempo, pero luego la dejé. Cuando se certificó la plantación donde trabajé empecé a conocer sobre Fairtrade, inicié como presidenta del Comité de Prima y pude participar en la Red de Trabajadores. Ahí me motivé a regresar a la universidad. Cuando fui a los talleres de la Red vi un mundo diferente y comprendí que podía, a pesar de la edad y la circunstancia, seguir luchando. Entonces hice un cambio de carrera. Anteriormente estudiaba

matemáticas, y me cambié a contabilidad, porque como presidenta me vi muy involucrada en esa área.

Una vez, uno de los encargados de la finca insinuó que yo podría lograr algo más que ser una trabajadora. Poco a poco, me fui involucrando en la Red y participé en talleres. Recuerdo que di un taller que fue un éxito y la gestora de CLAC me felicitó porque lo hice como me enseñaron. Un día alguien dijo que yo no puedo ser presidenta por ser mujer y eso fue un reto. Entonces me motivé más. Postulé y conseguí 88 de 89 votos. El otro voto era un nulo. Ya luego averiguando se trataba de un compañero que no sabía votar y marcó más de

la cuenta. O sea que, en el fondo, era un voto para mí.

Para mí el Comercio Justo me cambió todo. Antes solo vivía por vivir. Me ha enriquecido como ser humano, me ha enseñado a ponerme en los zapatos del otro, me ha ayudado con mi familia. He aprendido a amar todo lo que hago. Donde quiera que voy hablo de Fairtrade y quisiera que todo mundo lo conozca y que puedan unirse. Ya quiero tener mi carrera, ser auditora en plantaciones certificadas Fairtrade. Me gustaría poder publicar un libro de poesía, a mis niños quiero darles el mejor ejemplo posible.

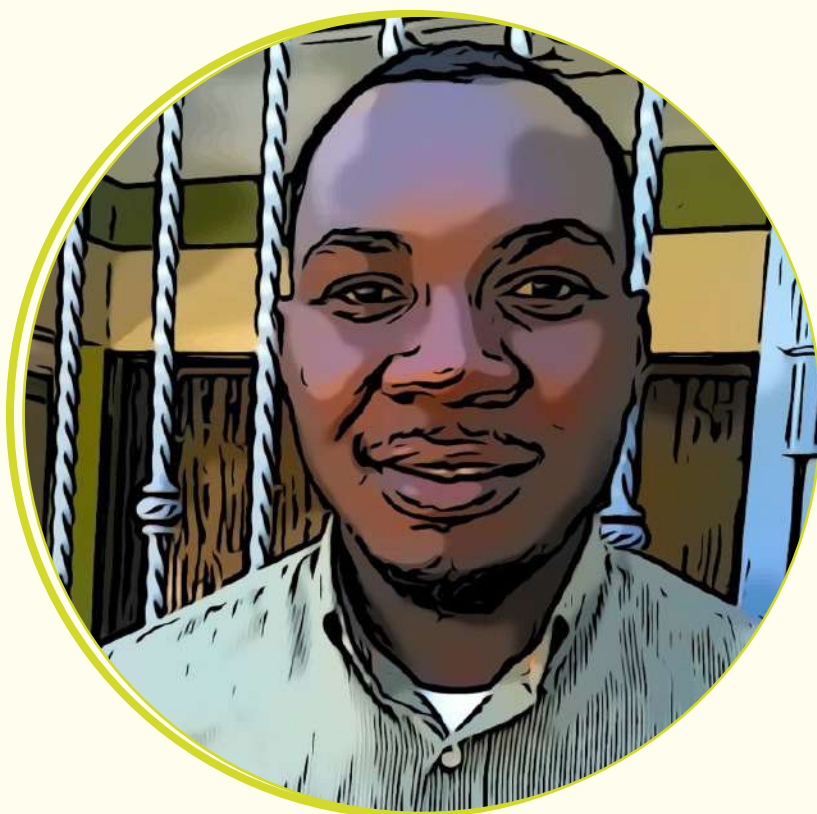


MINEL BELLAMY

Asociación de trabajadores Bananera Los Ríos

Bananera Los Ríos

REPÚBLICA DOMINICANA



“Gracias al Comercio Justo, como muchos otros, tengo una vida nueva, tengo un antes y un después.”

Soy Minel Bellamy, nací en el año 86 en Haití, en un campo llamado Sylvestre. Mi familia se dedica a la agricultura, trabajando duro. Yo vivía pasando trabajito, yo ayudaba, iba al conuco, yo estudiaba. En la madrugada tenía que hacer las tareas que me dejaba mi papá, me bañaba y me iba para la escuela. Me gustaba jugar fútbol, mi papá me decía que para ir jugar primero tenía que cumplir las tareas que él me ponía. Me gustaban Cristiano y Kaká, yo jugaba como defensor. En quinto grado tuve un profesor, se llamaba Wiledon Destinó, él me apoyaba, me hacía jugar y también me exigía ser el mejor en las clases. Cuando voy a Haití siempre le llevo algo, porque siempre lo pienso.

Por un descuido perdí un año y eso fue un gran error que yo cometí. Enojado acepté que un tío me llevara a Santo Domingo. Comencé a trabajar vendiendo helados en la calle por dos años y a desarrollar mi propia vida. Aunque mi familia me llamaba yo no quería volver, no quería que mis padres gastaran en mí, ellos tenían siete niños más. Después de un tiempo mi tío y yo viajamos a Haití con intención de que yo me quedara, pero ya no me entendí con mis padres, entonces decidí salir de Haití y entrar otra vez a República Dominicana.

Los que son legales entran por la aduana, pero yo le pagué a un potéa (coyotero) 700 pesos. Íbamos en grupo, yo salí de mi casa bien presentado, con



mi buena ropa, mi reloj, mi cadena, mi maleta con mi ropa. Llevaba como tres mil pesos. El potéa me dijo: «Minel, ¿dónde vas tú tan elegante, crees que vas a entrar por un aeropuerto?» Tuve que dejar todo y salir con lo que tenía puesto. En el camino nos encontramos con un guardia. Él sacó una pistola y nos revisó uno por uno, a todos les quitaba algo. Yo saqué los pesos de mi bolsillo y los doblé bien dobladitos entre mis dedos. Me revisó como tres veces, no encontró nada. Seguimos avanzando hasta un cementerio donde estaba una camioneta para un flete, yo era el único que sabía hablar español en el grupo y entendí que el potéa no quería pagarle 200 pesos, cuando a nosotros nos cobraba 500. Yo pacté con el conductor, todos fueron atrás y los tapamos con una lona, yo fui adelante. El potéa se enojó, pero el conductor le dijo: «él pagó, él va adelante».

Comencé a trabajar desyerbando en la misma empresa que estoy ahora, pero con otro dueño. En el año

2003 ya tuvo certificación Fairtrade. Yo no estaba legalizado, pero la empresa ayudaba a tramitar pasaporte para los trabajadores haitianos. Ahí a los tres meses yo fui parte del Comité de Prima.

En principio tenía mucha vergüenza de mi participación, de hablar en público. No me he empeñado en volver a estudiar en colegio o universidad. De corazón le digo que cuando usted hace una familia quiere estar con esa familia. Si a más de la jornada de mi trabajo me pongo a estudiar, no tendría tiempo. He decidido hacer cursos más avanzados, conseguir un trabajo mejor con un mejor salario para poder mantener de forma más digna a mi familia. Me siento muy orgulloso de poder representar a mis compañeros y espero que el sistema escuche nuestra voz, porque gracias al Comercio Justo, yo como muchos otros, tengo una vida nueva, tengo un antes y un después.

VERÓNICA ALTAGRACIA DE LA ROSA

Asociación de Trabajadores Plantaciones Agrícolas Manzanillo, Asotrapam

▶ **Plantaciones Agrícolas Manzanillo**

REPÚBLICA DOMINICANA



“Ser reconocida se siente súper bien porque sabes de dónde vienes. Se siente que te toman en cuenta y que sí puedes.”

Yo nací en Montecristi y crecí en Palo Verde, un campo. Tengo treinta y cuatro años. Somos seis hermanos. En realidad, casi nunca tuve infancia, siempre mis papás trabajaban y yo tenía que cuidar a mis hermanos. Mi madre todo el tiempo a trabajar en banano, no tenía ninguna seguridad. Mi padre de crianza también trabajaba en banano y en arroz para otra persona. Las condiciones de trabajo eran malas.

Me casé a los diecisiete años, fue la vida la que me llevó a eso. Tuve mi primer hijo a los dieciocho. Tuve tres niños y dos matrimonios. Ahora soy madre soltera, mi vida es demasiado fuerte. Yo pensaba que nunca iba a lograr lo que quería. Ahora quiero que mis hijos no pasen por la misma situación que yo tuve, quiero que sean alguien en la vida. Yo he logrado muchas cosas. Me he hecho una persona diferente, sé tomar mis propias decisiones.

Empecé a trabajar a los veintinueve años en la plantación La Española Fresh Fruit como selladora de banano. Era un trabajo estresante. Mis hijos se quedaban con una hermana. No es fácil estudiar, trabajar y ser ama de casa. Terminé el bachillerato estudiando solo los domingos.

La plantación se certificó a los seis meses de yo estar trabajando ahí. Cuando la finca fue certificada, pasé a ser vicepresidenta del Comité de Prima. Ser reconocida se siente súper bien. Es un cambio, porque sabes de dónde vienes, se siente que te toman en cuenta, una se siente que sí



puede. Entonces es ahí cuando una sabe que tiene capacidad para asumir sus responsabilidades.

Me gusta compartir, tener charlas, conversaciones, me considero una buena compañera de trabajo. Gracias a la participación y capacitación en la Red he tenido la oportunidad, por primera vez, de viajar en avión a otro país. Estuve en Lima, Perú y Bogotá, Colombia, donde por primera vez pude presentar ante mis compañeros las experiencias de los trabajadores de Comercio Justo de la República Dominicana. Fue mi primera experiencia de hablar en público.

No he entrado a la universidad todavía porque no tenía casa propia, estaba pagando casa y

manteniendo mis hijos. Entonces cogí un préstamo, compré un terreno y con algo de dinero empecé a construir mi casa. Aunque no la he terminado todavía, ya vivo ahí. Me gusta mi casa, la estoy construyendo como yo la quería, es amplia, propia, me siento a gusto viviendo en ella.

El Comercio Justo y mi participación en la Red ha cambiado mi vida de manera muy favorable y ese cambio también ha favorecido a mi familia y a mi comunidad. Ahora, lo primero que aspiro es entrar a la universidad. Lo segundo que le pido a Dios es que me mande una pareja como yo la quiero. Lo tercero, que mis hijos salgan adelante. Estoy en buen camino.

Los valores del Comercio Justo:

TRANSPARENCIA, LA GARZA Y EL CHANCHO

“

Siempre tuve esa necesidad de trabajar por los demás. El Comercio Justo me permitió perfeccionar esa semilla que tenía y que ahora veo plasmada en cada uno de los proyectos que tenemos”

Wilther Zambrano Cevallos, Ecuador

Una garza iba caminando por la orilla de un estero en busca de comida, picoteaba por un lado, levantaba el cuello y miraba, picoteaba por otro, levantaba el cuello. En eso estaba cuando oyó una voz: ¡Comadre garza, buenos días! La garza dio un salto ¡Ay compadre chancho!, me ha asustado usted, estaba concentrada buscando comida para mis polluelos. El chancho muy solícito ofreció: yo la voy a llevar a un sitio donde usted puede encontrar su comida. La garza no lo podía creer: ¡lléveme, lléveme, a ese lugar tan bueno!

Y se fueron los dos. Camina y andar, camina y andar y llegaron a un estero de aguas absolutamente transparentes, rodeado de árboles ¡Qué lindo este lugar, compadre!, voy a traer a mis hijos y aquí nos vamos a quedar. Yo también voy a traer a mis hijos, comadre garza, y aquí nos ayudamos entre familias ¡qué le parece?

Se despidieron los compadres y cada uno fue a buscar a su familia. La Garza iba pensando: ¡qué bueno es mi compadre! Y el chancho, mientras corría pensaba: ¡jmmm, ya tengo quien me limpie la casa!

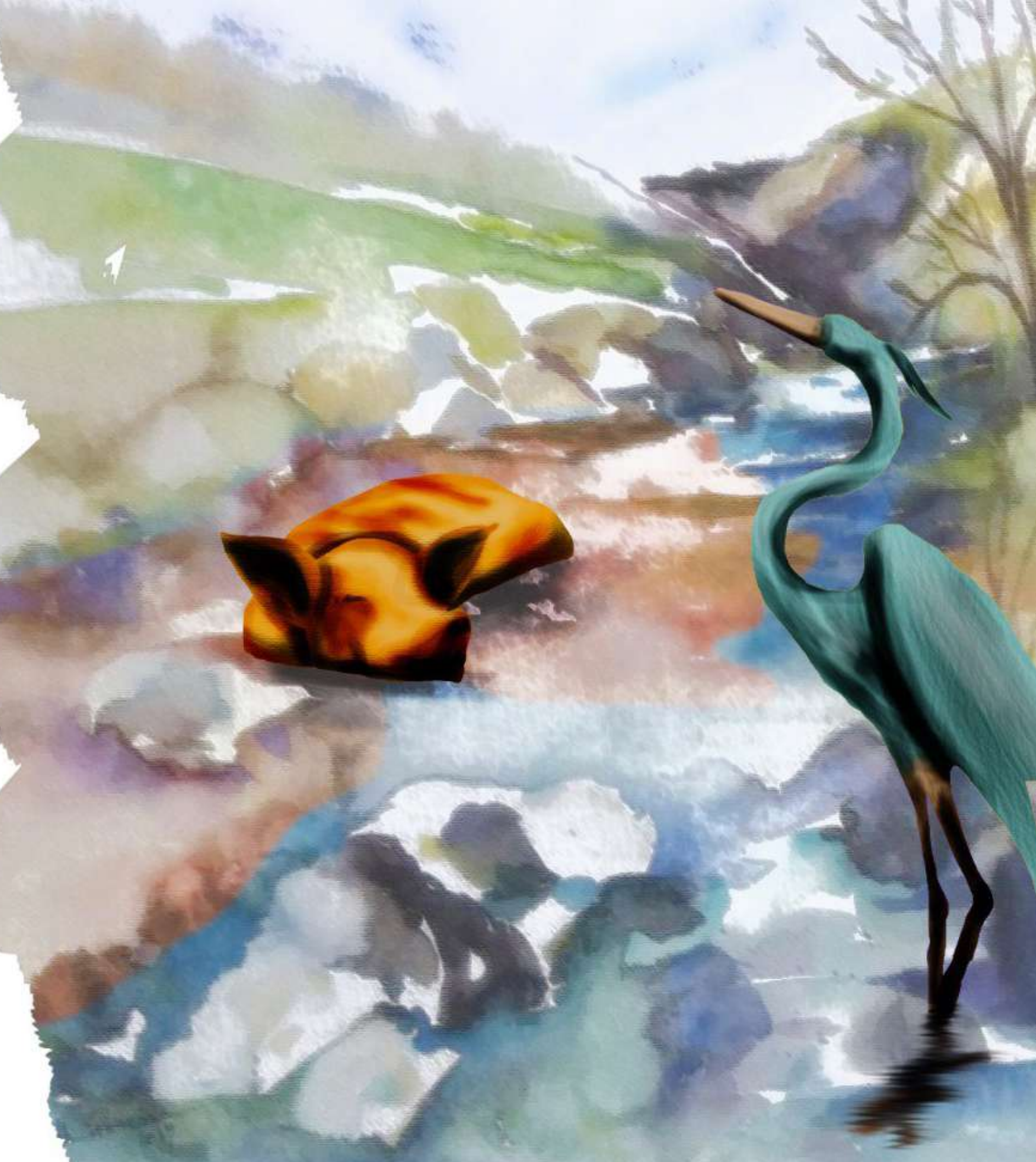
Las dos familias se instalaron a vivir a la orilla del estero. Como la garza era muy ordenada, salía

de mañanita a limpiar todo, a poner las cosas en su lugar ¡el orden es luz en la oscuridad!, decía. Después se metía al estero a buscar comida para sus hijos y todo eso sin desordenar ni hacer bulla. ¡Pero los chanchos! Iban metiendo el hocico en todas partes, eran muy desordenados, desperdiciaban la comida, perdían las cosas.

Así estuvieron hasta que la garza se enojó: ¡Oiga, compadre, la casa de uno debe estar ordenada y limpia! El chancho perezoso contestó: ¡comadre garza, no sea temática, aquí hay mucha comida y mucho espacio y la basura se va en el agua!

Muy enojada, la garza gritó: ¡El agua debe estar transparente porque es nuestra casa y porque nos da alimento, si nosotros no la cuidamos un día tendremos que irnos de aquí! El chancho, mirando el estero dijo: ese día está lejísimos, comadre, y si el agua no está transparente, después la limpia usted.

La garza se enojó más todavía, fue a llamar a sus polluelos, y se fue. El chancho nunca entendió por qué alguien se puede enojar tanto porque las cosas no sean transparentes.



En abril del año 2015 se creó la Red de Trabajadores y Trabajadoras de Comercio Justo, constituida por trabajadores(as) de plantaciones certificadas Fairtrade en Latinoamérica y el Caribe, las cuales producen banano, flores, frutas frescas y uvas para vino. Su misión es lograr un empoderamiento a través de una coordinación y representación, que permita que su voz se escuche en el Sistema Fairtrade y, así, participar en la toma de decisiones.

A través del proyecto Red de Trabajadores(as) construyendo sinergias, del Programa de Cooperación para el Desarrollo, se busca contribuir a mejorar los medios de vida de los trabajadores(as) de plantaciones certificadas en Comercio Justo, fortalecer su capacidad de incidencia y participación en distintos espacios de interés para los(as) trabajadores(as).

Se busca que la Red alcance las competencias y capacidades técnicas para dar cumplimiento a sus objetivos, y tener una Red de Trabajadores(as) fortalecida, con la capacidad de incidir dentro de las plantaciones certificadas y demás miembros del sistema Fairtrade.

PRINCIPIOS QUE CAMBIAN VIDAS

Red de Trabajadores
y Trabajadoras de
Comercio Justo